

Habian creído que se obraría con actividad en la causa del preso, y no encontraban sino motivo de disgusto en la marcha del asunto. Alonso de Estrada, enemigo irreconciliable de Salazar, queria que su proceso se sustanciase sin demora y se dictase prontamente la sentencia. Lo contrario anhelaba su compañero de gobierno. Albornoz, siguiendo una política doble que no le comprometiese con ninguno de los dos partidos, buscaba dilatorias. Se hallaba Chirinos aun en la campaña contra los indígenas de Oajaca, y temia que al tener noticia de los sucesos de Méjico, se dirigiese á la capital con sus fuerzas, derrotase á los amigos de Cortés y poniendo libre á Salazar, se diese principio á terribles persecuciones contra los que no habian obrado con moderacion. Con mas señalado afan se propuso continuar en esa tornasolada política cuando se llegó á saber que, con efecto, Chirinos, avisado por sus amigos de todo lo acontecido, se dirigia á marchas dobles á Méjico, con objeto de castigar á los que habian tomado parte en el cambio. Pero el destituido gobernador detuvo de repente su marcha. Sabiendo que Andrés de Tapia se acercaba á batirle con una fuerza respetable, marchó á refugiarse á la casa en que se alojaban los religiosos franciscanos en Tlaxcala. Sabiendo donde se habia ocultado, fué preso inmediatamente y conducido á Méjico, donde se le encerró en otra jaula, al lado de la de Salazar (1).

(1) Por el libro de cabildo consta que en 25 de Marzo del siguiente año de 1527, se mandó que se pagase al maestro carpintero Hernando de Torres, siete pesos por la hechura de las dos jaulas, y se puso en data esta cantidad por gastos de justicia.

Ambos estaban vigilados por una fuerza que les custodiaba.

Viendo presos á los dos ambiciosos gobernadores, la ciudad volvió á cobrar la calma, entregándose los vecinos á sus diarias ocupaciones.

El tesorero Alonso de Estrada, con objeto de lavar la mancha que Salazar habia tratado de imprimir en Juana de Mansilla, mandándola azotar públicamente, por haber desmentido la muerte de Hernan Cortés, dispuso un acto que la honrase. Para lograr el objeto que se habia propuesto y que consideró de justicia, mandó cabalgar á los mas distinguidos caballeros, y montando él mismo en un arrogante corcel, llevó en las ancas de éste á la favorecida, recorriendo las calles para que la poblacion entera viese la distincion con que se la trataba. El gobernador, alzando la voz para ser oido del pueblo, que se agolpaba á verle con su comitiva, decia: «que Juana de Mansilla, esposa del fiel soldado Alonso Valiente, habia obrado como matrona romana al desmentir la noticia de los antiguos gobernantes; que el castigo que la habian aplicado los tiranos era su mayor honra, pues lo habia sufrido por defender la verdad y la justicia.»

Este paso dado por el tesorero Alonso de Estrada, mereció la aprobación de la ciudad entera; y viendo honrada de aquella manera á la que injustamente habia sido castigada por Salazar y Chirinos, en lo sucesivo, por muestra de noble distincion, se la llamaba, dice Bernal Diaz: «Doña Juana de Mansilla.»

Los partidarios de los gobernadores presos, trabajaban entre tanto por sacarles de la prision y volver á dominar á

sus contrarios, matando á Estrada y al contador Albornoz. Para conseguir su objeto, se propusieron sobornar con una respetable cantidad de oro la guardia que cuidaba las jaulas, y abrirlas por medio de llaves falsas, para evitar el ruido, que de otro modo se verian precisados á hacer para descerrarlas. Lo primero era hacerse de las llaves falsas y ganzúas, pues de ganar á los centinelas se trataba en los instantes precisos. Tomada la resolucion, fueron tres de los conjurados á ver á un cerrajero que hacia ballestas, llamado Guzman, ofreciéndole una buena suma de dinero, si les hacia las llaves que necesitaban. Guzman se manifestó partidario de los destituidos gobernadores, y les prometió no solo hacer lo que solicitaban, sino tomar parte tambien en el movimiento. Contentos los partidarios de Salazar y Chirinos, con la buena disposicion que habian encontrado en Guzman, iban diariamente á verle, con objeto de que diese pronta conclusion á la obra. Guzman empezó á hacer unas llaves, segun el modelo que le habian llevado, y en las conversaciones que con ellos tenia, llegó á informarse de los secretos del plan y de los principales de la conjuracion.

Instruido de los pormenores de la trama, se dirigió, con sigilo, á la habitacion del tesorero Alonso de Estrada, y le refirió lo dispuesto por los partidarios de Salazar y Chirinos. El gobernador, sin decir nada á su compañero Albornoz, dió aviso á los amigos de Cortés de lo que pasaba. Sin pérdida de momento marcharon éstos al sitio en que se hallaban los conjurados y prendieron á la mayor parte, estando entre ellos los cabezas del plan. Formado el proceso, fueron ahorcados los jefes de la conspiracion,

llamados Escobar, Pastrana y Valverde; á los inmediatos en culpabilidad, se les cortó, á unos los piés y á otros las manos, y al resto se les aplicó la pena de azotes.

Conociendo los gobernadores y los amigos de Cortés que la tranquilidad no se consolidaria hasta que no se presentase en Méjico, dispusieron enviar una persona de toda confianza que le diese noticia de lo acontecido y le hiciese abandonar las empresas que habia acometido en Honduras. El individuo elegido fué un pariente suyo, religioso franciscano, llamado Fray Diego Altamirano, hombre de virtud, de ciencia y de valor, que antes de entrar al claustro, habia seguido la carrera de las armas. Admitido con gusto el cargo, partió inmediatamente de la capital, y embarcándose en Veracruz, llegó con favorable viento á Trujillo.

Al saber Hernan Cortés los acontecimientos de Méjico, referidos con brillante colorido por su ilustrado pariente Fray Diego Altamirano, dispuso su embarque. Mientras se abastecia el buque de víveres y de todo lo necesario, escribió á Gonzalo de Sandoval, que estaba en Naco, que emprendiese su marcha á pié para Méjico por Guatemala. En la carta le daba noticia de los sucesos efectuados en la capital, que llenaron de regocijo al ejército, y le pedia que apresurase lo posible la salida.

Dispuesto el buque, Hernan Cortés dejó encargado del gobierno de Honduras á Hernando de Saavedra, y embarcándose con su pariente Fray Diego Altamirano y varios caciques que deseaban conocer Méjico, se hizo á la vela el 25 de Abril de 1526. La navegacion fué feliz hasta muy cerca de Veracruz; pero levantándose de repente una

horrible tormenta con vientos contrarios, se vió precisado á arribar al puerto de la Habana.

Al saber su llegada, los numerosos amigos que tenia en la isla corrieron á verle y saludarle. La fama de sus hechos habia inmortalizado su nombre, y todos se esmeraron en obsequiarle y servirle.

Despues de haber permanecido diez dias en la Habana, tiempo que fué necesario para reparar la averia de los buques, salió para Veracruz. Al llegar á San Juan de Ulúa, sopló un viento contrario, y fué á desembarcar á dos leguas de distancia, al oscurecer del 24 de Mayo de 1526. Como la playa estaba desierta, Hernan Cortés y los que con él iban, se dirigieron á pié á Medellin, distante cuatro leguas del punto en que desembarcaron (1).

El primer acto del general español fué ir á la iglesia á dar gracias al Hacedor Supremo por haberle vuelto á la Nueva España. Nadie le habia visto llegar; pero pronto, por alguno de los sagristanes sin duda, se divulgó la noticia de su llegada, y la poblacion entera corrió hácia el templo para felicitarle por su llegada. Al verle, casi dudaron si era el mismo en cuyas banderas habian militado. Las calenturas y los extraordinarios trabajos que habia pasado en aquel penoso viaje de dos años, le habian estenuado notablemente.

El regocijo fué general; y Hernan Cortés, henchido de satisfaccion y de alegria, abrazaba á sus antiguos cama-

(1) «Y surgí dos leguas dél, ya casi noche... y fuí á pié á la villa de Medellin, que está cuatro leguas de donde yo desembarqué.»—Quinta carta de Cortés á Carlos V.

radas que le habian ayudado en la conquista, y hablaba á todos con seductora afabilidad. Retirado al alojamiento que le dispusieron, se ocupó casi toda la noche en despachar mensajeros á las diversas villas del reino, así como á la capital, dando aviso de su llegada, y proveyendo varias cosas que juzgó convenientes al servicio del rey y al bien del pais.

Sabiendo que muchos de los que vivian en la capital y habian tomado parte en las arbitrariedades que contra él habian cometido Salazar y Chirinos, trataban de esconderse ó de ausentarse, temiendo ser castigados, se apresuró á tranquilizarles. Muy lejos estaba del carácter de Cortés el innoble sentimiento de la venganza. Ageno al odio, propio solo de almas ruines y mezquinas, expresaba en la carta dirigida á la ciudad de Méjico, los generosos sentimientos que le animaban: «He sabido, decia en ella, que algunas personas de las que siguieron á esos comuneros están ausentadas... mas es de maravillar de los que contradijeron que de los que los insultaron, por donde me parece que aunque no se les puede quitar culpa, menos se les debe dar pena, y por eso podeis, señores, notificar á los que algo de sí estuviesen sospechosos, que pueden estar seguros é sin temor de castigo, no habiendo tocado en *crimine lesæ Majestatis*, no habiendo ofendido notablemente á tercera persona, porque de esto no se puede negar justicia pidiéndola las partes.»

Once dias permaneció Hernan Cortés en Medellin, y en ellos no recibió mas que muestras del aprecio que se habia sabido conquistar con su carácter afable y suave trato. Todos los caciques y señores de la provincia, y de

otras colindantes, iban á darle la bienvenida, manifestándole su adhesión y su sincero afecto: demostraciones dignas de estima que el general español las agradecía, manifestando á los jefes indígenas su gratitud y su cariño. Justo es confesar que los inteligentes indios de la Nueva España poseían sentimientos nobles y generosos. El buen trato les cautivaba, y estaban prontos á dar la vida por el que sabía hacerles justicia. Cuando se sublevaban, era que habían recibido alguna ofensa inmerecida. Si los emperadores mejicanos hubieran observado con las provincias conquistadas por sus bravos ejércitos, una política suave y prudente, Hernán Cortés no hubiera encontrado aliados. La unión celebrada con el caudillo español por los numerosos reinos en que estaba dividido el vasto territorio de Anáhuac, no reconoció otra causa que la tiranía ejercida por los monarcas aztecas sobre los pueblos conquistados. El mismo noble carácter manifestaban después de la unión á la corona de Castilla. Fieles á Hernán Cortés que les guardaba y hacía guardar las consideraciones debidas con ellos, se manifestaron hostiles con los tiránicos gobernadores Salazar y Chirinos. Si no hubieran abrigado la confianza de que Cortés volvería para poner término á los males, el país entero acaso se hubiera levantado, y pereciendo los españoles que se hallaban en Méjico, se hubieran destrozado después en sangrientas guerras los distintos señoríos, queriendo ser cada uno el dominador de los demás.

Durante los once días que permaneció en Medellín, llegó á recobrar las perdidas fuerzas; se restableció por completo, y despidiéndose de sus leales amigos y de los

atentos caciques para quienes solo tuvo palabras de cariño y de gratitud, emprendió su marcha hácia Méjico, á donde se había propuesto llegar en pocos días. Pronto vió con dulce satisfacción, que su marcha no podía hacerla con la rapidez que había pensado. A cada paso tenía que detenerse á recibir á los señores y caciques que, llevando presentes de joyas, mantas y gallinas, marchaban á saludarle llenos de placer y de contento. Y no eran únicamente los caciques de los puntos próximos los que llegaban al encuentro de Cortés, sino otros muchos cuyos señoríos se hallaban á distancia de sesenta y ochenta leguas. Todos ellos le presentaban de regalo los objetos de más estima que tenían, y se complacían en demostrarle el profundo aprecio que le consagraban. Recordando las consideraciones que siempre había manifestado á los indígenas, le pintaban, con patéticas palabras, lo mucho que habían sufrido en su ausencia bajo el gobierno arbitrario de Salazar y de Chirinos, y el ardiente afán con que habían esperado su vuelta (1). El general español les prometió castigar á los que, faltando á sus deberes y á las instrucciones del monarca, habían perseguido á los honrados españoles y ofendido á los nativos, asegurándoles que los males terminarían bien pronto. Nunca general ninguno recibió muestras más espontáneas y más nu-

(1) «Hartos dellos venían de más de ochenta leguas, porque todos tenían sus mensajeros por postas para saber de mi venida, como ya la esperaban; y así vinieron en poco tiempo muchos y de muchas partes y muy lejos á verme, los cuales todos lloraban conmigo, y me decían palabras tan vivas y lastimeras, contándome sus trabajos que en mi ausencia habían padecido.»—Quinta carta de Cortés.

merosas de aprecio, que las que alcanzó Hernan Cortés de los sinceros y bondadosos indígenas. Salian á cubrir de flores el camino por donde pasaba, y formando vistosas danzas, procuraban divertirle y obsequiarle. Hernan Cortés, profundamente conmovido por aquellos actos que revelaban el sincero corazon de los indios y el verdadero aprecio que le consagraban, sentia asomar á sus ojos las lágrimas de la gratitud que honran siempre al hombre. Nunca tal vez gozó el conquistador de Méjico momentos mas felices que aquellos.

Al entrar en el majestuoso valle en que descansaba la grandiosa capital de la Nueva-España, la antigua Venecia de la América, sintió aumentarse su sentimiento de gratitud. Todos los habitantes indígenas de los pintorescos pueblos situados alrededor de la ancha laguna, llevando á su cabeza á los nobles y caciques, le salieron al camino, llevando presentes de oro, joyas, telas y bellos mosaicos de finas y vistosas plumas.

Los españoles, por su parte, no descuidaron nada que diese á conocer el contento que experimentaban por la llegada del hombre que solo se habia ocupado de añadir á la corona de España nuevas y vastas provincias. El contador Albornoz, que desde que se supo que se aproximaba Cortés, habia marchado á Texcoco para esperarle, reunió á todos los compatriotas de aquella ciudad y de los alrededores. Avisado de que se hallaba ya á una jornada de camino, montó á caballo, y poniéndose al frente de los ginetes castellanos, y acompañado del joven rey de Texcoco D. Carlos Ixtlilxochitl y de la nobleza texcocana, salió á recibirle á distancia de dos leguas.

El placer de Hernan Cortés fué indescriptible. Abrazó á todos sus leales capitanes, y se manifestó altamente contento de ver al valiente monarca de Texcoco, al intrépido general que se habia distinguido por su bizarría y denuedo en el sitio de Méjico. Despues de haber pasado la noche en la antigua capital del reino de Acolhuacan, en la Atenas del Anáhuac, en que brilló el genio del rey poeta Nezahualcoyotl, se puso en marcha para la ciudad de Méjico. Sus habitantes, así españoles como mejicanos, se habian dispuesto á recibirle con todo el brillo que les fuese dable. El tesorero Alonso de Estrada, acompañado de los miembros del ayuntamiento y de todos los caballeros y capitanes castellanos, salió de la capital al encuentro de Cortés, que se aproximaba ya á las puertas de la ciudad. Igual cosa hicieron por su parte las autoridades mejicanas. Poniéndose al frente de la poblacion indígena, y acompañados de la nobleza azteca, se dirigieron á dar la bienvenida al general español. Hernan Cortés quedó sorprendido con el brillante golpe de vista que se presentó á sus ojos al acercarse á la capital. La laguna se veia cubierta de lujosas canoas, llenos de guerreros aztecas, ostentando las mismas armas y el traje con que disputaron heroicamente á los españoles la posesion del lago y de la ciudad. Los caciques y la nobleza vestian sus ricos trajes, luciendo en la cabeza brillantes penachos de magnificas plumas y colgando de los hombros bellas capas blancas y de colores (1). Los caballeros españoles llevaban calzas y

(1) «Y los caciques mejicanos por su parte con muchas maneras de invenciones de divisas y libreas que pudieron haber; y la laguna llena de canoas,

jubones riquísimos, luciendo á competencia sus mas lujosos vestidos. Al sorprendente conjunto que cautivaba el sentido de la vista, se agregaba el animador sonido de las músicas, el repique de las campanas que sonaban á lo lejos y los gritos de alegría de la multitud que cubria el camino, la campiña y el lago.

Al penetrar en la ciudad se hacia casi imposible el paso. Las calles, las plazas, los balcones, las ventanas y las azoteas se hallaban literalmente apretadas de gente. Numerosas danzas, formadas por los mejicanos, cruzaban por todas partes, manifestando su regocijo por la llegada del hombre que habia logrado conquistar su afecto (1). Hernan Cortés, lleno de grata satisfaccion por el afecto que el pueblo entero le demostraba, se dirigió al templo de San Francisco á dar gracias á Dios porque salvándole de los numerosos peligros que habia corrido, le habia reservado la dicha de volver á la capital para ocuparse en servicio del rey y de poner remedio á los males causados por Salazar y Chirinos.

é indios guerreros en ellas, segun y de la manera que solian pelear con nosotros en el tiempo de Guatemuz, los que salieron por las calzadas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(1) «Pues saber yo decir lo que los mejicanos hicieron de alegorias que se juntaron con todos los pueblos de la redonda de la laguna y le enviaron al camino gran presente de joyas de oro y ropa é gallinas y todo género de frutas de la tierra que en aquella sazón habia, y le enviaron á decir que les perdone por ser de repente su llegada que no le envian mas; que de que vaya á su ciudad, harán lo que son obligados, y le servirán como á su capitan que les conquistó y los tiene en justicia.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq. «Llegado á esta ciudad, dice Cortés en su quinta carta al emperador, los vecinos españoles y naturales della y de toda la tierra, que aquí se juntaron, me recibieron con tanta alegría y regocijo como si yo fuera su propio padre.»

La entrada de Hernan Cortés en Méjico fué el 17 de Junio de 1526; al año y ocho meses de haber emprendido su viaje á las Hibueras. Su marcha desde Medellin á la capital habia sido una continuada ovacion dictada por la sinceridad y el cariño. Quince dias empleó en andar ese camino que él habia pensado hacerlo en cinco (1).

Los regocijos públicos siguieron todo el dia, y la ciudad se iluminó por la noche, recorriendo las calles las músicas de los vecinos españoles y mejicanos.

Hernan Cortés permaneció seis dias en el monasterio «hasta dar, dice, cuenta á Dios de mis culpas.»

Anhelaba el buen acierto en el gobierno, y quiso en el retiro de la casa del Señor, pedir la luz que iluminara su marcha.

Veremos mas adelante la manera con que condujo la nave del Estado.

(1) Los once días que permaneció en Medellin, y los quince que hizo en el camino, deben contarse inclusive aquellos en que entró y salió. De otra manera sería imposible que estuviese en la corrida de toros el día de San Juan que es el 24, habiendo permanecido seis, como él dice, en San Francisco. Su entrada debió ser, por lo mismo, el 17, pues á ser el 19, daría por resultado que el 24 aun estaba en el convento de San Francisco.